

**Nuestros indios sureños**

La Nueva Provincia - 29-Sep-06 - Opinión - OTRAS VOCES  
<http://www.lanueva.com.ar/06/09/29/69t065.sht>

Nuestros indios sureños, denominados pámpidos, los tehuelches (patagones, pampeanos y serranos) y los pehuenches de Mendoza sur y el norte de Neuquén (en el norte de Mendoza estaban los huarpes) vivieron en un constante enfrentamiento (principalmente en los siglos XVIII y XIX), con los andinos (chilenos), indios mapuches, a los que los españoles llamaron araucanos.

La Araucanía conformó una nación de naturales, cuya frontera era el río Bío-Bío, hasta que los chilenos, terminada la guerra con Perú y Bolivia, impusieron su superioridad militar con su nuevo fusil, equivalente al Remington del Ejército nacional, y conquistaron definitivamente las tierras del sur de dicho río, pobladas de araucanos (mapuches), denominados puelches (gente del este), moluches (gente del oeste), huilliches (gente del sur) y picunches (gente del norte). También los vorogas o voroanos poblaron la Araucanía desde el Pacífico a los Andes, entre los ríos Imperial y Tolten, al norte de los huilliches, con los que se enfrentaron durante la guerra a muerte.

Chile ocupó la Araucanía en 1883, cuatro años más tarde de la campaña del general Roca y uno antes de que terminara en forma definitiva la última resistencia indígena a la ocupación argentina de nuestras tierras del sur (1 de enero de 1885).

Estas dos etnias de pámpidos y andinos sostuvieron variadas y permanentes guerras, por la penetración constante de los segundos (que pertenecían a la Araucanía, ubicada al oeste de los Andes) en las tierras de los primeros, sus pobladores originales, que vivían al este de la cordillera.

Tras la batalla final de Choele-Choel, a principios del siglo XIX, nuestros tehuelches patagones, vencidos por los indios de la Araucanía, debieron renunciar a sus tierras, conquistadas así por indios trasandinos, retrocediendo para instalarse al sur de los ríos Negro y Limay.

Los tehuelches septentrionales (pampas y pampas serranos) debieron buscar refugio en el centro este de la provincia de Buenos Aires, bajo el mando de caciques como los Catriel (Juan primero o el viejo, su hijo Juan Segundo, sus nietos Cipriano y Juan José y del cacique Cachul), pero como indios "amigos", buscando la protección de los gobiernos de la Nación y/o la provincia, para protegerse de los indios chilenos, más numerosos y que entraban en grandes oleadas.

Los mapuches y vorogas (araucanos chilenos) vencieron con la ventaja de su gran cantidad de loncos, sus lanzas para luchar a caballo y sus corazas de cuero de vaca, frente a la menor cantidad de nuestros pobladores originarios, armados con boleadoras y cuchillos. Llamaron a la tierra que conquistaron y detentaron, Magna Araucanía, imponiendo en ella su lengua mapu-dungu, distinta de la de nuestros indios.

A su vez, los pehuenches poblaron la zona de Malal Hué, en Mendoza, y más al sur El Campanario, en el límite, y Varvarco en Neuquén.

A pesar de haber adoptado la lengua mapu-dungu --que llegó, como he dicho, a ser lengua franca en nuestra pampa--, por sus características étnicas, tenían origen pámpido (descendían probablemente de los huarpes y de los chiquillanes, etnias cuyanas). Un número menor ocupó tierras de Chile, en el lado oeste del paso Pehuenche.

Los huilliches y muluches --o moluches-- andinos (mapuches), cuya frontera con los pehuenches se estableció en el siglo XIX en el río Agrio, en Neuquén, se fueron posesionando de nuestra pampa central, la zona de los carrizales (el Ranquil Mapú) y del oeste de la provincia de Buenos Aires.

En esta ocupación, después de terminar la guerra a muerte en Chile, tuvieron parte muy activa los vorogas, que llegaron apoyados por guerrilleros realistas, comandados por los hermanos Pincheira y sus oficiales.

Finalmente, durante el siglo XIX, nuestra tierra quedó en manos de los mapuches.

Los huilliches hicieron también una gran matanza de los vorogas (matanza de Masallé, 8 de septiembre de 1834), que estaban asentados en la región de Guaminí y Carhué.

Allí asesinaron a los dos grandes caciques generales voroganos, Mariano Rondeau y Melín (o Melían) y masacraron sus tolderías (indios de lanza y chusma).

Los huilliches, en esta acción, actuaron con el visto bueno de don Juan Manuel de Rosas. Este había sido alertado, primero por el cacique Venancio Cueñepán (chileno, que había entrado originalmente en persecución de los vorogas, mandado con mil indios de lanza por el gobierno de Chile) y posteriormente por el general Guido, que recibió del gobierno de Chile el informe del ingreso por pasos cordilleranos de más de dos mil huilliches de lanza.

Al frente de ellos marcharon, entre otros caciques, Antonio Namuncurá y su hermano Juan Calfucurá. Como señala el padre Meinrado Hux en su libro *Caciques vorogas y araucanos*, éstos actuaron con el beneplácito de Rosas. Así lo reconoció años más tarde Calfucurá, quien confesó que había sido llamado por Rosas (Archivo Mitre, XXII y XXIV, 27/04/1863 y 6/07/1863), el que, como premio por esta matanza, lo dejó residir en las Salinas Grandes.

Calfucurá había mandado mensajeros desde Chiliué, avisando al cacique Rondeau que venía en paz y traía gran cantidad de mercaderías para negociar con los vorogas (lanzas, harina de trigo, habas, paños finos, tejidos, objetos de plata, etc.).

Rondeau se dejó engañar, razón por la que fue fácil a los huilliches sorprenderlos y matarlos, ya que lo esperaban en sus toldos confiados y desarmados.

Los vorogas que se salvaron debieron, desde entonces, someterse a los huilliches o agregarse a los ranqueles (con los que siempre tuvieron excelentes relaciones), sin perjuicio de que poco después los sobrevivientes sufrieron otra masacre.

Triste fin tuvieron también los guerreros pehuenches de Malal Hué (Mendoza), en manos de los huilliches y guerrilleros realistas llegados de Chile.

La lucha interna por la ambición del mando entre sus caciques Antical y Chocori, por un lado, y el longo general de los pehuenches, Ñeincul, por otro, los llevó al asesinato de éste y varios de sus allegados.

Ñeincul había apoyado a San Martín, y estaba abiertamente con sus lanzas del lado de los patriotas. Intervino por ello el gobierno de Mendoza, que designó a Antical para suceder al cacique asesinado (1825), pero un hermano de este último, Llanca Milla, deseoso de vengarse (lo que entre los indios era una tradición), buscó erradamente para el logro de sus fines el apoyo de sus enemigos tradicionales, los huilliches del cacique Antañir, de la costa sur del río Agrio.

Para esta empresa, Antañir reunió cinco mil lanzas y 200 guerrilleros chilenos realistas de Julián Hermosilla, con armas de fuego.

Así atacaron a los pehuenches, que tenían sus tolderías en Malal Hué, matando a Antical y a todos aquellos que no pudieron escapar. Luego saquearon y robaron, destruyendo todo lo que no podían llevar.

Los pehuenches que se salvaron pidieron socorro a Nicolás Ortiz, jefe del fuerte San Carlos, que concurrió con sus hombres a prestarla. Los indios fueron engañados por renegados infiltrados, que les hicieron creer que los llevaban al fuerte para asesinarlos, por lo que atacaron a los milicianos socorristas y huyeron a Los Funes. En la desesperación de su fuga, cometieron el error de pedirle asilo a su enemigo y asesino, el cacique Antañir. Este prometió brindárselo, siempre que concurrieran a entregarse a los toldos huilliches desarmados, lo que aceptaron.

Una vez allí, fueron lanceados sin piedad, no sobreviviendo hombres, mujeres ni niños (murieron en este asesinato aproximadamente un millar entre lanzas, chusma, mujeres y niños).

Los pehuenches del Campanario y Varvarco (Neuquén) no tuvieron participación en estos hechos y, varios años más tarde, el último cacique de esta etnia que enfrentó al Ejército nacional fue Purrán, que tenía bajo su control el paso de la hacienda vacuna y caballo, producto del robo de los malones, por el paso cordillerano Pehuenche.

Esa tierra no llegó a estar bajo dominio mapuche, sino que fue siempre pehuenche. Purrán fue capturado en 1880 por el mayor Rubial, de la IV División, y su tribu deshecha. Ocho años más tarde fugó a Chile, donde fue bien recibido por estancieros de la zona de Villarrica y Pucón, que habían "trabajado" con él en el tráfico de ganado robado en nuestra tierra, y allí murió.

Por último, el 1 de enero de 1885, se entregó voluntariamente al mayor Vidal, el gran cacique general Sayhueque (hijo de padre pehuenche y madre tehuelche), del país de las Manzanas.

Sayhueque controlaba el paso del río Tromen o Mamuil Malal, que está abierto todo el año, y su territorio al sur de Neuquén limitaba con los tehuelches en el río Limay. Con esto llegó a su fin la campaña del frente de los Andes.

Estos comentarios, al correr de la pluma, no han tenido por objeto en absoluto historiar la guerra que Norberto Ras llamó con acierto "de las vacas", ya que su fin fue el robo constante de hacienda, principalmente caballar y vacuna, efectuada primero por nuestros naturales, solos o muchas veces en combinación con los andinos, y posteriormente por éstos, que se fueron afincando en nuestro territorio.

Simplemente, tiende a demostrar la sinrazón de los reclamos mapuches por tierras de las que "no fueron pobladores originales" y que sólo ocuparon ilegítimamente, en su mayor parte en el siglo XIX, exterminando o persiguiendo a nuestros naturales, sus reales ocupantes, a través de su número y mayor fuerza de sus lanzas, o asentándose en ellas pacíficamente después de su derrota frente a las campañas militares de Argentina y Chile.

Cabe señalar que fueron muchos los mapuches que llegaron a Neuquén, huyendo de Chile, después de perder la Araucanía (tierras al sur del Bío-Bío), frente al ejército chileno. Se asentaron en esa provincia y hoy son argentinos, como lo somos todos nosotros, con total independencia de nuestros orígenes.

Roberto Edelmiro Porcel es miembro de número de la Academia Argentina de la Historia.